

“Oigo de pronto la risa de la medianoche; es un sonido apagado, como si temiera despertar a los que duermen, pero su eco repercute en las cuatro esquinas del espacio”.

(Lu Xun, La mala hierba)

Sería vano decir que la pintura de Alberto Gutiérrez ha cambiado de signo, pues ahora los comprende todos—los del zodiaco, se entiende—, pero no lo será, sin duda, recordar que entre aquellas construcciones geométricas de 1972 y estos mapas celestes anda por medio su pasajera tentación de abandonar la pintura a cambio de lo que ya Apollinaire denominaba, en *L'Antitradition Futuriste, un art des voyages et des promenades*, o incluso, *nomadisme épique*. Se trata, pues, de algo que excede la simple condición de lapsus de estilo; algo cuya radicalidad quizás sólo tolere el rango de **iluminación**, por cuanto, según parece desde antiguo, la carrera de quien viaja no es otra precisamente que olvidar sus idas y venidas para alcanzar así la visión deslumbrante del paisaje original, donde de nuevo y al fin el viajero recorre sin descanso su destino, de oriente a occidente —de casa en casa—, como sabiendo que ahora se inicia (en) el auténtico viaje.

Desde Menorca, Alberto Gutiérrez se ha puesto febrilmente a pintar nuevas versiones —más borrosas, eso sí, y por tanto menos fiables— de las viejas cartas astrológicas, mientras repite para sus adentros uno de los oráculos caldeos gloriados por Michel Psellus en su *Exégisis*:

“Cuando hayas visto el fuego sacrosanto brillar informe, de un brinco, en los abismos del mundo, escucha la voz del fuego”.

Lo sorprendente, sin embargo, de estos celajes vagamente mitológicos es que su descarnada concisión astronómica, casi en *trompel'oeil*, tanto descarta el “plenairismo” pintoresco, como la banalidad decorativa o los acertijos conceptuales que practican los grafistas “pop”. Con excepción de algunos toques de pintura fluorescente que convierten sus cuadros en profundos relojes —como conviene, por otra parte, al mismo cielo— Alberto Gutiérrez ha movilizado medios muy convencionales y procurado efectos de excepcional sobriedad: estrellas, planetas y constelaciones se dibujan tenuamente entre las tinieblas, ocultando las bestias de su signo al espectador que pretenda un horóscopo al minuto. Si acaso, podríamos evocar en su pintura aquel cuentecillo sobre Thales que nos lo tira a un pozo por estarse distraído mirando las estrellas. La esclava del bendito milesio se rió, pero sus risas debieron parecerle en su caída tan lejanas como a Gaspar David Friedrich un estúpido, y de ahí famoso, consejo de Goethe: dedicar sus habilidades de pintor de nubes a la ilustración de un tratado científico sobre cúmulo-nimbos.

Francisco Calvo Serraller y Angel González García